

La búsqueda de la trascendencia es la clave para mejorar el trabajo docente.



Por
Jorge Everardo Aguilar-Morales
Edgar Omar Aguilar-Morales
2016



Para mejorar el trabajo docente debes olvidarte de la docencia y pensar en la vida misma.



En el trabajo docente buscamos que nuestros alumnos se conviertan en estudiantes brillantes pero sobre todo que se conviertan en buenas personas.



Enseñar es algo más que dictar una conferencia, explicar un concepto o enseñar una habilidad específica.

Los mejores profesores se esfuerzan por enseñar habilidades, pero van un poco más allá, lo que desean realmente es cambiar la visión que acerca de la vida tienen sus estudiantes.

Para William Ayers “El mensaje más esperanzador que puedes transmitir todos los días a tus estudiantes, es que pueden cambiar su vida y que lo deben hacer; y que pueden cambiar el mundo si así lo desean”.





A un buen maestro no le importa la tesis del estudiante, lo que le importa es que de esa tesis se obtenga un producto importante, un artículo científico que se publique en una revista de prestigio o un recurso tecnológico que ayude a la comunidad a resolver un problema, pero sobretodo que con el pretexto de la tesis el estudiante aprenda a ser disciplinado, constante y perseverante, que aprenda a colaborar para obtener resultados más trascendentes, que aprenda a devolver a la comunidad todo aquello que ha recibido.



Es decir al buen docente le importa la trascendencia de las tareas que deja al estudiante pensando siempre en cómo esas experiencias de aprendizaje dejan además huellas imborrables en la personalidad de sus alumnos.

No importa tanto la calificación que saca un estudiante en una prueba, lo que si importa es que dicho estudiante aprenda a estudiar todos los días en forma constante y que lo haga con agrado. Eso es lo fundamental.





Hay que enseñar a nuestros estudiantes que está bien sacar diez pero no a costa de lo que sea. Hay que enseñar que lo más importante es vivir una vida basada en principios y valores.

No sólo se busca que alcancemos ciertos objetivos, sino que aprendamos juntos a recorrer el camino para alcanzar dichos objetivos.



Un buen profesor enseña a sus estudiantes a jugar limpio y a trabajar para alcanzar sus sueños. Pero sobre todo, transmitirá el mensaje de que las buenas notas y los bienes materiales no lo son todo, y que no deben obtenerse a cualquier precio.



Parafraseando a Aubrey Daniels diremos que la forma en que el estudiante, el maestro, el directivo o el funcionario público alcanzarán buenos resultados es tan importante como los propios resultados.

De la misma manera, desde una perspectiva más amplia deberíamos abandonar la obsesión por determinar el desempeño del estudiante, del docente, del directivo o del funcionario, lo que importa es destinar los esfuerzos para lograr que todos los actores educativos alcancen a desarrollar una vida rica y significativa. Ser un buen maestro es parte de ser una buena persona.





A nivel individual, no importa tanto si obtuviste un buen promedio en la escuela, si fuiste el más listo de la generación, si eres el maestro que más sabe en la institución, si tienes tiene el cargo más alto. Lo realmente importante es como cada día te acercas más a la imagen que tienes de ti mismo y como cada día aprendes a tener una mejor convivencia con tus compañeros de trabajo, con tus estudiantes, con los padres de familia y con la comunidad.



El trabajo docente requiere de altura de miras.

Es hora de abandonar las intrascendentes intrigas palaciegas y pensar en la manera en que seremos capaces de trascendernos a nosotros mismos y lo que haremos en este breve y fugaz periodo de nuestra existencia.



Un asesor de imagen, pensaba que el problema de los políticos actuales no es la ambición sino la falta de ambición, así que un día que fue requerido por un candidato le preguntó ¿Qué es lo que realmente quieres?

Ya tienes un ingreso decoroso, tienes una familia bonita entonces ¿Para qué quieres ser presidente municipal? ¿Para tener más dinero? ¿Qué harás con más dinero? ¿Te comprarás cientos de zapatos? ¿Comprarás muchas bolsas de marca? ¿Para ir de fiesta en fiesta ? ¿Para qué?

Y sugirió a dicho político que debería tener más ambición que debería pensar en objetivos más trascendentes, que para fijarse sus objetivos debería pensar en lo que quiere que los libros de texto digan en unos años acerca de su gestión. Le señaló que se puede acumular capital para convertirse en un Scrooge contemporáneo o en un filántropo que salve vidas.



De igual manera la docencia exige que te pongas a pensar acerca de lo que realmente quieres de la vida.

No es fácil encontrar una medida para evaluar si nuestra vida valió de la pena.

¿Cómo contamos que tan valiosa ha sido nuestra vida?



Sin embargo, al reflexionar sobre el sentido de nuestra existencia y sobre la importancia de nuestro trabajo, muchos maestros hemos coincidido en darle a nuestra vida un sentido social.



En el libro de Ernest Hemingway , por quién doblan las campanas, se incluye el siguiente poema de John Donne:

Nadie es una isla, completo en sí mismo; cada hombre es un pedazo de continente, una parte de la tierra.; si el mar se lleva una porción de tierra, toda Europa queda disminuida, como si fuera un promontorio, o la casa de uno de tus amigos, o la tuya propia. La muerte de cualquier hombre me disminuye porque estoy ligado a la humanidad; por consiguiente nunca hagas preguntar por quién doblan las campanas: doblan por ti.

En el poema y en la novela se ilustra con claridad ese sentido social de la existencia.



En una poética expresión Gabriel García Márquez (1998) dijo que en cada uno de nuestros actos – por triviales que sean y por insignificantes que parezcan– cada uno de nosotros es responsable por la humanidad entera”



Son múltiples las referencias culturales a este sentido de colectividad. Pero también de manera formal en la declaración de los objetivos del milenio de la ONU, se enfatiza el reconocimiento de que todos somos responsables en el desarrollo de todos.



Así, muchos maestros hemos coincidido que tal vez podemos definir nuestra profesión a partir de la responsabilidad social que todos tenemos, y que tal vez un buen parámetro para evaluar nuestra existencia es el número de recuerdos agradables que dejamos en las personas.



Si a los tres años alejaremos a los niños de la calidez del hogar y los llevaremos a la escuela lejos de las personas que hasta esa fecha fueron lo más significativo en su vida; lo mínimo que deberíamos intentar todos los docentes, es que desde la óptica del niño, ese cambio valga la pena.



En este mar de tinieblas en que se ha convertido nuestro país, nuestra propuesta es trabajar cada día para hacer de nuestra clase una “isla de decencia”, un puerto seguro, un espacio de resguardo para la tormenta.

Vamos a esforzarnos para que cada día transmitamos un mensaje vital y fraterno a cada uno de sus estudiantes: me importa que estés aquí; quédate tanto como lo desees; habla y escucha; regresa mañana, vuelve cada vez que lo necesites.



Al comienzo de cada año, vamos a mirar las filas de escritorios en busca de rostros desconocidos. Y como propone Jean E. Mizer, vamos a buscar ojitos tímidos y cuerpecitos encogidos en un asiento en un mundo extraño.

“Muchachitos”, digamos silenciosamente, “es posible que no haga otra cosa por Ustedes durante este año, pero ninguno de Ustedes va a salir de aquí sintiéndose un Don nadie. Lucharé hasta el fin para librar la batalla con la sociedad y con la dirección de la escuela, pero ninguno de ustedes saldrá de aquí sintiendo que no vale nada.”

La mayor parte de las veces, no siempre, pero la mayor parte de ellas, seguramente tendremos éxito.



Si al paso de los años, logramos el cometido, de que cuando uno de nuestros estudiantes nos encuentre en el supermercado en lugar de esconderse, se alegre de encontrarnos y se acerque a saludarnos, habrá valido la pena.

Si al enterarse de nuestra muerte, alguno de nuestros antiguos alumnos lamenta nuestro fallecimiento y evoca un recuerdo amable, nuestra vida habrá tenido sentido.



Como dice el poeta Colombiano Jairo Aníbal Niño, vamos a pensar que nuestros estudiantes son **“semillas de naranjo, de pino, de cedro, de araucaria, de bellísima, de caobo y de amarillo”**.

Vamos a ser pacientes y a esperar el lugar y el tiempo. Y así, al final de la vida, como docentes, gradualmente y trabajando a diario, le habremos regalado a la humanidad un bosque entero.

La búsqueda de la trascendencia es la clave para mejorar el trabajo docente.

Jorge Everardo Aguilar-Morales y
Edgar Omar Aguilar-Morales

© 2019. Todos los derechos reservados.



Es un modelo de intervenciones educativas basadas en la mejor evidencia científica actualmente disponible, que ha resultado ser exitoso para realizar brindar apoyo profesional a docentes, estudiantes, directivos y demás actores educativos en instituciones de educación básica, media y superior.

Es un proyecto que promueve el diseño ambientes amigables, incluyentes y sin violencia para el aprendizaje, que ha sido formulado por Jorge Everardo Aguilar-Morales y Edgar Omar Aguilar Morales (2014).
auspiciado por la



DOCENCIA POSITIVA

Diseño de ambientes amigables, incluyentes y sin violencia para el aprendizaje.

DOCENCIA POSITIVA es una marca registrada.

Todos los materiales tienen derechos de autor pero existe la autorización para que puedan ser reproducidos sin fines de lucro y notificando a los autores de su reproducción.

Si desea mayor información comuníquese con nosotros a:

www.profesoresuniversitarios.org.mx

E-mail: profesoresuniversitariosmx@gmail.com

Tel Cel. 951 54 8 50 88

Encuentre múltiples materiales gratuitos de los autores en:

 [Asociación Nacional de Docentes Universitarios A. C.](#)

www.docenciapositiva.com

 [Docencia Positiva](#)



[Participa con nosotros en nuestro grupo de Facebook](#)